

tra por la más pequeña hendedura, caliente, ilumina, fecunda, colora sin fraccionarse, sin hacer ruido; luego, cuando llega la hora, se retira. ¡Sé mi rayo de luz, mi rayo de paz, mi rayo de amor!

» Yo seré quien conduzca á ti todos cuantos vayan á pedirte tu tiempo, tus consejos, tus recursos. Acoge apaciblemente á todo el mundo; obra, sí, con prudencia, moderación y reserva, pero cuídate de irritar á nadie. Si no me pierdes de vista, estaré contigo; velaré en todo lo tuyo, aun en tus intereses materiales.

» Ten ante los ojos un crucifijo y una imagen de la Santísima Virgen María. Una mirada á uno y á otra será un llamamiento... y siempre, ¡oh mi servidor fiel!, ¡oh mi hijo muy amado! ¡oh tú, que me haces conocer y amar, siempre estaré contigo!

XL

Lo que asegura siempre en todo y contra todo.

Es una sencilla palabra, pero que da en toda su extensión todo lo que en su brevedad promete.

Siempre reanima.

Siempre fortifica.

Siempre asegura.

Siempre tranquiliza.

Siempre es para el alma, para el corazón, para la imaginación, en sus más crueles angustias, lo que es, según se dice, para la mar alterada el *aceite* derramado en sus olas. Por donde quiera que el aceite se extiende, súbito casi sobreviene el apaciguamiento y vuelve la calma..., y apenas allá á lo lejos se deja oír el sordo crujido de la tempestad.

Es verdad que esta palabra no aleja ni los dolores físicos, ni las penas del corazón, ni las humillaciones exteriores; pero aligera y hace soportables estas pruebas duras y peno-

sas, muestra las ventajas que producen, y llega á hacérselas amar.

He aquí esta palabra en toda su sencillez:
¡Oh Jesús! ¿Estáis conmigo?

Pronunciadla lentamente, con los ojos bajos, como si miraseis en torno vuestro, y escuchad...

.....

«¿Jesucristo está en vosotros? Entonces todo va bien.

»Jesucristo es la acción de Dios unida á vuestra acción, el trabajo de Dios unido á vuestro trabajo, el corazón de Dios unido á vuestro corazón, el Ser divino unido á vuestro ser y obrando en él.

»Porque no pensáis en esto, ni unís vuestra vida á esta vida divina, os turbáis, os desanimáis, murmuráis y os dejáis llevar de esa apatía, tan culpable y tan terrible en sus consecuencias.

»Jesucristo con vosotros es la fuerza. Id, pues, al combate, á ese combate de todos los días, de todas las horas, invisible para todos,

pero incesante para vos, contra la pereza, contra la disipación, contra la tibieza, contra la oposición al deber bajo sus mil formas. ¡Seréis herido quizá, derribado por un momento, pero no sucumbiréis!

»Jesucristo con vos es el poder. Id, pues, al trabajo con energía, con valor, con esperanza de éxito. Id; encontraréis cerca de vosotros todos los elementos materiales, y en vuestro interior la constancia, la habilidad, nuevos puntos de vista más seguros, aliento para recomenzar nuevamente, la calma, en fin, cuando las cosas salen mal; y lo que parece un fracaso, con Jesucristo nunca llega á serlo.

»Jesucristo con vosotros es la bondad inagotable, es la abnegación continua, es el desbordamiento del afecto tranquilo, puro, útil á aquellos sobre quienes se derrama. Id, pues, á derramar la suavidad de Jesucristo, primero en ese pequeño mundo del interior tan reducido, ese vuestro, que se llama la familia, y que estan difícil de contentar y de alegrar porque en él nos vemos demasiado

cerca, nos encontramos á cada paso, no usamos de ninguna precaución, y en el que, si se trata de no molestarse voluntariamente, no se procura eficazmente *complacerse*; después procurad hacerlo en ese mundo exterior, al que nos llaman los negocios, y á través del cual nunca debemos pasar sin dejar una buena, suave y divina impresión.

» Jesucristo con vosotros es la paz, la paz inalterable. Id, pues, en la vida al Oriente y al Occidente, adonde os lleve el soplo de Dios; si Jesucristo está con vosotros, participéis de la paz de Dios, porque nada hay que pueda turbar á Dios; nada se turba de lo que está cerca de Dios. Con Jesucristo la enfermedad es un bien, la humillación un bien, la pobreza un bien. La presencia de Jesucristo en el alma que se une voluntaria y afectuosamente á Él, es como un foco divino de donde irradian esos rayos luminosos que, cayendo sobre un cuerpo material, lo despojan en cierto modo de su envoltura visible y le dan un brillo divino.

¡Guardad, pues, á Jesucristo en vosotros!
¡Guardadle por la oración! ¡Guardadle por la fidelidad al deber! ¡Vivificadle, si es permitido servirse de esta expresión, por la recepción frecuente de la santa Eucaristía! Y en el momento en que comience á levantarse la turbación ó la rebelión; en el momento en que comience á sentirse el aguijón de la pena ó de la sensualidad; en el momento en que el mal humor, el espíritu de crítica, el deseo de quejaros amenacen invadiros, pronto, pronto, echad una mirada á vuestro interior y preguntad:

—¡Oh Jesús! ¿Estáis conmigo?



Una sola cosa puede arrojar á Jesucristo del alma: *el pecado mortal*.

Y el pecado mortal, conservado voluntariamente, es el demonio permaneciendo en el alma, el demonio entronizado, el demonio obrando como dueño del alma.

Con él, por él y bajo su inspiración, sin que lo sospeches, piensas, y obras, po-

bre criatura culpable de un pecado mortal.

¡Qué bien sabe ocultar su acción aquel á quien Jesucristo llama el hipócrita! ¡Cómo sabe colorear, con un reflejo que se parece á la caridad divina, á la bondad divina, á la abnegación divina, los actos que hace efectuar! ¡Qué arte tiene tan sutil para hacerlos atractivos y multiplicarlos para calmar las inquietudes y los remordimientos! Pero esos actos, buenos solamente con bondad humana, son á los ojos de Dios que ve más allá de la corteza, si no todos malos, sí nulos para el Cielo, nulos como aquellos frutos del Mar Muerto, que presentan, como dicen, un exterior fresco y atractivo, y que, una vez abiertos, sólo dejan ver un polvo negro que disipa el viento.

XLI

Coronas deshojadas.

¡Cuánto entristece al corazón esta palabra apenas pronunciada!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de vida que se extinguirá suavemente de minuto en minuto!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de frescura, que el ojo cubierto de lágrimas apenas puede distinguir!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de perfume, que la brisa pasajera bien pronto disipará!

¡Eran, sin embargo, muy hermosas, resplandecientes y muy bien tejidas esas coronas! ¡Os hacían tan felices y tan orgullosos cuando las llevabais sobre la frente! ¡Os figurabais que jamás se marchitarían!



¿Por qué esa ley, ¡oh Dios mío!, de que sobre la tierra todo lo que recuerda la alegría, aun la más santa, el afecto, aun el más puro, la gloria, aun la más dulce, tenga apenas una hora de duración y caiga lentamente en el olvido, como su gracioso símbolo, las flores, caen y se deshojan?

¡Oh coronas, que tanto habéis regocijado

mi infancia y mi juventud, coronas que he visto tan frescas en mi frente ó en la de los que amaba: dejadme volver á veros un momento siquiera, vosotras antes tan brillantes y tan delicadas, y hoy... hoy... todas deshojadas!

¡A través de los días tan numerosos de mi vida, allá á lo lejos, muy lejos, aparece con toda su frescura la *corona de florecillas*, la primera corona, la de la tierna infancia, tejida en medio de alegres risas y llevada tan altiva y alborozadamente!

¡Qué de recuerdos haces revivir, sencilla corona de florecitas! Inocencia, candor, indiferencia, confianza ciega en mi madre, travesuras, oraciones ingenuas al niño Jesús, á quien se quería reemplazar algunas veces para ser el niño mimado de la Santísima Virgen, confusa mezcla de lágrimas y sonrisas... Y todo esto, ¡deshojado! ¡deshojado para siempre!

—o—

Corona de rosas blancas, la de la primera comunión.

¡Oh! Esta corona no ha sido tejida por el niño, sino por su madre; y ¡con qué amor! ¡con qué dulces lágrimas! ¡con qué dicha!

¡Qué bien adorna tu frente, y con qué aureola resplandeciente la hace brillar, piadosa niña, que la llevas con tanta compostura cuanto regocijo!

¿No es verdad que durante largo tiempo la has guardado como un tesoro?

Dime, dime, jovencita: ¿aun está colgada á los pies del crucifijo, encima del lecho en donde reposas? En la noche, ¿sueñas aún que la llevas en tus sienes, y que tu padre y tu madre te contemplan extasiados diciendo: *¡ángel mio!*

¡Deshojada! ¡Deshojada!... ¡Ah! ¡que al menos su recuerdo jamás perezca!

—o—

Corona de rosas blancas, la de la religiosa.

¡Esta corona, al menos, jamás debería deshojarse! ¡El corazón que largo tiempo soñó

con ella era tan puro, las manos que la tejieron estaban tan llenas de buenas obras, y la frente que la llevó tan divinamente luminosa!... Pero esta corona era de la tierra, y en la tierra todo se deshoja.

¡No te entristezcas ante estos despojos esparcidos aquí y allí, fiel esposa de Jesucristo; los ángeles los recogen, y allá arriba volverás á hallar tu corona blanca más hermosa y más brillante, y lo que es más, hermosa y brillante para siempre!



Corona de flores de azahar, la corona de la desposada, tejida lentamente por vuestras manos, ¡oh, madres!, por vuestras manos que temblaban un poco á pesar de que vuestros labios sonreían.

Coronas de flores de azahar, símbolo, á causa de su blancura sin brillo, de esas alegrías sencillas y de esos dulces ensueños que no se encuentran más allá de la juventud y del hogar paterno; corona de flores de azahar, brillas un instante cerca del altar... ¡mañana

estarás deshojada! ¡Pueda reemplazarte esa otra corona que no ciñe la frente sino en el Paraíso, y que es formada por las virtudes de la esposa y los austeros deberes de la madre!



Coronas de laurel, ¡la del estudiante, la del trabajador, la del soldado vencedor, la del poeta!

Hasta aquí, las coronas han producido alegría, el regocijo, la dicha; éstas producen la gloria y el triunfo porque suponen la lucha.

¡Gloria, triunfo! ¿Está en ellos la dicha?

Sí, para tí, valeroso estudiante, ¡sobre todo si tienes una madre á quien ofrecer tu primera corona! Esa primera corona ganada, que obligaba al mariscal de Villars á decir: *Esa corona me hizo más feliz que todas las otras: ¡estaba mi madre tan orgullosa de mí!*

Pero, vosotros, guerreros, vosotros, poetas, dejad, dejad sin dolor que se deshojen las coronas que un día el renombre ó la victoria

puso en vuestra frente. Ellas pudieron embriagaros durante algunos días; pero en la calma de vuestras noches sin sueño y en las horas de dolor que os hará pasar el olvido, las veréis pasar ante vuestros ojos manchadas de sangre ó emporcadas por la envidia.



¿Aun hay más coronas?

¡Sí, pero éstas no están tejidas con flores!

Corona de oro en la cabeza de los reyes. No da ni alegría, ni gloria, ni triunfo; sólo impone deberes y responsabilidades.

Esta corona no se deshoja; se rompe ó la rompen, y sus pedazos sirven apenas para llenar una tumba.



Quedas tú, corona de espinas, que ensangrentaste la frente de mi maestro Jesús, y en la que se apoyó su sagrada cabeza para morir.

¡Oh! corona de espinas! Tú no tienes aureola de flores, sino gotas de sangre; tú no te deshojas, tú no te rompes, sino que aquel que muere llevándote cristianamente te ve trans-

formada para siempre en corona de gloria y de alegría.

Y ahora, cuando la vida no hace llegar á mí sino un pálido crepúsculo, ahora que revolotean ante mi imaginación, para entristecerla, las hojas marchitas y descoloridas de las coronas de los días luminosos, ven, ven, ¡oh corona de espinas, yo te amo!

¡Y Vos, dulce, piadosa y compasiva Virgen María, madre de Jesús crucificado, colocadla Vos misma en mi frente con vuestras manos benditas, y sostenedme en mi última hora á fin de que no desfallezca mi amor hacia Vos!

XLII

El «Via Crucis».

I

Hay en esos días silenciosos y retirados que Dios, desde hace algún tiempo me concede, dos momentos muy dulces: el de la santa

Misa en la mañana, y en la tarde el que me permite venir á la presencia de Jesús sacramentado y recorrer el *Via Crucis*.

¡Oh, cuán dulce, tranquilo y atrayente es ese cuarto de hora! ¡Cuán apacible hace el descanso de la noche!

Yo estoy ordinariamente solo; Jesús me mira desde el Tabernáculo, y bajo la mirada de ese amigo que me acompaña, movido dulcemente por el reconocimiento, voy con el rosario en la mano siguiendo paso á paso el camino que siguió Jesús para subir al Calvario.

¿Quién podrá decir cuánta paz, reconocimiento y amor encontró mi alma al encontrarse cada tarde mi corazón á solas con el de Jesús? ¡Oh, cómo estas visitas hicieron que no volvieran á contarse entre las horas de mi vida esas horas tan desgarradoras y tan pesadas producidas por el abandono, el olvido, el aislamiento forzado!

¡Oh Maestro! ¡Oh Padre! ¡Oh Salvador!
¡Oh amigo! Ya no sois para mí el *Dios que*

se oculta, Vos tomáis á mis ojos, hechos muy penetrantes por el amor, la forma bajo la cual se mostraba vuestra humanidad, y *os veo, os oigo, os sigo paso á paso, os tiendo los brazos* para sosteneros, y *me llevo* cerca, muy cerca, á fin de recibir vuestro último suspiro!

Y cuando vuelvo á llevaros al Tabernáculo de donde partí para hacer con Vos el *Via Crucis*, pareceme oiros decir: *Gracias, hijo mío, me has complacido.*

¡Oh, gracias á Vos, Salvador Jesús! ¡Vos me habéis hecho mucho bien!

—•—

Estos piadosos sentimientos pudieran ser los nuestros si quisiésemos, como esta alma que acaba de franqueársenos un instante, apegarnos á la práctica cotidiana del *Via Crucis*.

Después de la asistencia á la santa Misa, no hay práctica más santificadora que ésta; pocas hay más fáciles, más ricas en indulgencias para las almas del Purgatorio, más al al-

cance de todas las inteligencias, y aun para un gran número de almas; el camino de la cruz, aún más que la santa Misa, da á la voluntad más constante energía.

Ese circuito que es necesario realmente hacer; esas *estaciones* de algunos segundos obligatorias también; esas imágenes que parecen animarse delante de la piadosa mirada que se fija en ellas, y nos hacen vivir un momento con la vida de Jesús; esos gritos de piedad que se escapan espontáneamente del corazón ante quien pasan escenas conmovedoras, todo esto ofrece un conjunto que cautiva al espíritu más distraído, transporta por algún tiempo fuera del mundo material, y envuelve á ese pobre corazón humano, que está allí conmovido, en una atmósfera divina que le hace olvidar todas sus penas.



¡Vamos, pues, ¡oh alma mía!; resérvate un pequeño cuarto de hora cada día, y con tu rosario en la mano vé á recorrer ese camino que recorrió Jesús; detente donde Él se detu-

vo, y en cada una de las estaciones señaladas, con un dolor nuevo, déjate penetrar de compasión, de arrepentimiento, de gratitud y de amor!

¡Imagínate que sigues á la Santísima Virgen, uniendo tus pensamientos á sus pensamientos, tu dolor á su dolor!

¡Yo te desafío á que hagas durante un mes el *Via Crucis* sin sentirte renovada en todo tu ser!

Si eres *culpable*, descenderás del Calvario *arrepentida*, y nada te costará ir á postrarte á los pies del sacerdote, confesarle todas tus faltas y obedecer todas sus órdenes.

Si eres débil, triste, ansiosa, desanimada, descenderás del Calvario *fuerte, enérgica*, y volverás á emprender el camino del bien que habías abandonado; tendrás fuerzas para luchar todavía más, para soportar más los dolores que antes te parecían insoportables.



El *Via Crucis* puede hacerse *de pie*, recorriendo las estaciones y deteniéndose delante

de cada una de ellas sin arrodillarse, lo cual es á veces más fácil.

También puede hacerse arrodillándose.

El *Via Crucis* puede recorrerse en unos cuantos minutos: basta delante de cada estación exhalar un simple suspiro de amor y compasión hacia ese buen Maestro que allí está; un suspiro que no siempre tiene tiempo de salir del corazón, pero que lo impulsan hacia Jesús y lo unen á Él.

Diez minutos, cinco minutos quizá, pueden bastar. Léed la hojita que aquí insertamos, aprendedla de memoria, y todos los días que os sea posible id por un momento á decir á Jesús que no olvidáis que ha padecido y muerto por vosotros.



¡Oh María! ¡Vos recorrísteis todos los días, durante vuestra vida, este *Via Crucis* que visteis recorrer á vuestro Hijo. ¡Oh Madre! tomadnos de la mano, hacednos sufrir con Vos, llorar y amar con Vos.

XLIII

El «Via Crucis».

II

PRÁCTICA DEL VIA CRUCIS

Esta hojita señala para cada estación uno de esos suspiros de que acabamos de hablar, que, escapados del corazón, lo empujan con poderosa energía hacia Jesús, paciente y moribundo; lo entreabren en algún modo, y le permiten recibir, en cuanto es capaz, la irradiación de amor que se escapa de cada una de las llagas del divino Salvador.

Dejad que una sola vez salga este suspiro delante de cada estación, y si tenéis un poco de más tiempo decidlo dos veces, diez veces... Conocemos no pocas almas que, creyéndose indiferentes en las primeras estaciones, han sentido que poco á poco se iban conmoviendo, y no han podido llegar á la crucifixión sin derramar abundantes lágrimas.



A la invocación *¡Jesús mío, misericordia!*, están concedidos cien días de indulgencias, y trescientos á la invocación *¡Dulce Corazón de María, sed mi salvación!*

I

¡Jesús mío, condenado en vez de mí, misericordia!—Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y amad mucho á Jesús por mí.

II

¡Jesús mío, cargado con mis pecados para descargarme de ellos, misericordia!

¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación; para que no vuelva á pecar, conservadme cerca de Vos!

III

¡Jesús mío, sucumbiendo bajo el peso de mis pecados para expiarlos, misericordia! Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y dad á Jesús las gracias en lugar mío!

IV

¡Jesús mío, encontrando á vuestra angustiada Madre, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y perdonadme los dolores que os he causado!

V

¡Jesús mío, invitándome á participar de vuestra cruz, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y permaneced conmigo en las horas del sufrimiento!

VI

¡Jesús mío, humillado y con el rostro manchado de inmundas salivas para expiar mi orgullo, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y pedid perdón por mí!

VII

¡Jesús mío, sucumbiendo otra vez para enseñarme á levantar después de las caídas,

misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación, sostenedme cuando esté á punto de caer y levantadme si he caído!

VIII

¡Jesús mío, consolando á las mujeres de Israel que, llorando, os seguían, misericordia!—Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y consoladme en mis dolores!

IX

¡Jesús mío, sucumbiendo de nuevo al pensar en mis ingratitudes, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y encaminadme á mi deber!

X

¡Jesús mío, despojado de vuestras vestiduras para expiar mis sensualidades, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación, purificadme y defendedme del demonio!

XI

¡Jesús mío, enclavado en la cruz para expiar mis malas acciones, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y pedid perdón por mí!

XII

¡Jesús mío, muerto en la cruz para abrirme el Paraíso, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y llevadme al Cielo con Vos!

XIII

¡Jesús mío, depuesto en los brazos de vuestra afligida Madre, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación, perdonadme y amadme!

XIV

¡Jesús mío, encerrado entonces en el sepulcro, y ahora en el tabernáculo, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María,

sed mi salvación, llevadme y guardadme cerca de Jesús Sacramentado!

XLIV

Historia de unos pantalones.

Desde esta mañana me anda persiguiendo una historieta ligera, risueña, ansiosa de ser referida.

Sí, sí: voy á referirte; voy á contarte á los niños, seguro de que, después de haberlos hecho reir, tu recuerdo, llegada la hora, les hará mostrarse generosos.

Voy á referirte también para aquellos que han crecido un tanto olvidados de las cosas sobrenaturales, y á quienes quizá tu novedad recordará que Dios hoy, lo mismo que ayer y siempre, se ocupa de los más pequeños detalles de la vida.

¡Oh! ¡Aquellos que ven á Dios vivir con ellos, vivir cerca de ellos, y que á su vez viven también bajo la paternal protección de Dios, cómo se sienten más protegidos, más

tranquilos, más risueños! ¡Qué grande es la convicción que tienen de que Dios tiene siempre, si fuera necesario, un milagro dispuesto para acudir en su ayuda!

-96-

El invierno era frío, el día entoldado; de un momento á otro se esperaba una nevada.

En una de las extremidades del Puente Nuevo, en París, un grupo de gente se impacientaba, detenida por una confusión de carruajes.

En este grupo, un hombre un poco más resignado que los demás mira sencillamente lo que pasa en torno suyo, y sus miradas se fijan sobre un mendigo que está en pie cerca de la acera.

A su lado se halla, también en pie, un muchacho de diez años, como fascinado por el mendigo, que no se ha apercibido de que es objeto de este examen.

Con la cara radiante de vida, sus grandes ojos muy abiertos, con sus cabellos en desorden, vestidos rotos, aspecto de la última

indigencia, tiene la mano en uno de sus bolsillos y parece preocupado.

De repente saca *un sueldo*, lo mira un momento, y desplegando los labios como para decirle adiós, lo da al pobre y sigue indiferente á la multitud, que al fin ha reanudado su camino.

—He aquí un muchacho desarrapado que da lección á muchos ricos,—dijo el observador.—Sigámosle.

Después de unos cuarenta pasos, nuevo mendigo y nueva vacilación del muchacho, y, como antes, se pone delante del pobre; su mano se introduce de nuevo en el bolsillo, donde se detiene algunos minutos como si una reflexión la retardara; luego saca un sueldo y lo arroja en el sombrero del mendigo.

Después, las dos manitas del niño hacen ese ademán que parece decir: «Ahora ya no hay más», y vuelve á emprender su camino.

El observador le detiene, y con bondad le pregunta la razón de su limosna.

—Es para mis pantalones,—respondió el

niño con sencillez y aun sin bajar los ojos.—Mire Ud. cómo están ya muy viejos. Una señora me dió dos sueldos por un mandado que la hice, y se los he dado á un pobre. Ellos me producirán unos pantalones nuevos.

Esto lo decía el muchacho tan ingenua y sencillamente, que su interlocutor no pudo ni ligeramente sonreirse.

—Pero, hijo mío, ¿cómo quieres que tus dos sueldos dados á los pobres te traigan un pantalón?

—Yo no lo sé; pero mi hermana Antoñita, que va al Catecismo, me ha dicho que los pobres son los comisionados de Dios, y que cuando se les da un sueldo van á decir á Dios lo que necesita quien los ha socorrido; por *eso ahora me toca esperar*.

Quedó muy conmovido el que oía estas palabras, y tomando de la mano al muchacho desarrapado:

—Tienes razón, amigo mío,—le dijo.—Dios sabe ya lo que te falta, y Él me ha enviado para comprarte un pantalón.